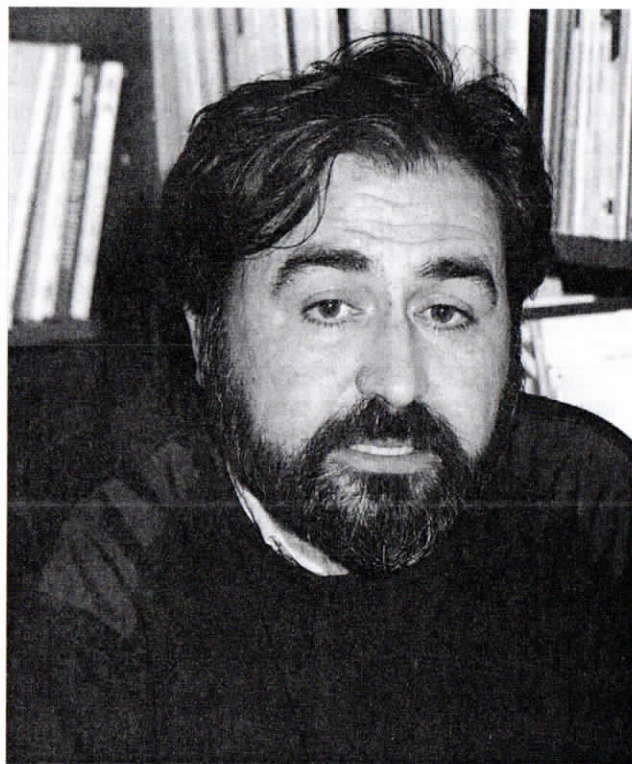




Juan José Delgado

Foto: Antonio Vizcaya

9 Juan José Delgado:

una aventura por mares y fondos poco cartografiados

Juan José Delgado es un hombre de palabras pocas pero afable y conciliador, de barba habitual, porque se le hace necesario mesársela para ayudarse a la reflexión, de expresión fácil y concisa. Por eso es tan lógico habituarse a pedir su opinión sobre todo. A él le debe y deberá la insular literatura proyectos tan vitales como la revista de arte y literatura *Fetasa*, de la que es director, o suplementos culturales como los impulsados desde la redacción del rotativo tinerfeño *La Gaceta de Canarias*. Pero además actos culturales y sesuda profundización en el tejido cultural del Archipiélago, ensayos sobre literatura y libros de creación, poesía, relato, novela.

-Suele ocurrir que casi nunca se sabe muy bien las razones por las cuales una persona se embarca en travesías tan difíciles como la escritura...¿Cómo fue que se te hizo necesidad empuñar la palabra?

-Esta es una pregunta que siempre me ha hecho gracia y que, invariablemente, se me atraganta. ¿Razones para embarcarse en la escritura?, así, de primera, me viene una idea que toma imagen de pájaro. ¿Cuáles son las razones de su canto? Un ornitólogo acaso lo solucionaría indicando que ése es el modo con el que el animalito anuncia que es el dueño de un territorio. O, tal vez, porque así llama el macho a la hembra, o la hembra al macho. O, porque, sin nada que hacer y de puro vicio, se echa a cantar, a tontas y a locas. Todas estas razones pudieran ser válidas. Pero

a mí no me contenta la respuesta del especialista, ocupado en dar con la causa eficiente, y perdiéndose la verdadera sustancia, la modulación irrepetible del canto. Apurando al máximo el asunto, de lo que sí soy consciente es de que necesito remover y animar la franja que tengo por vocación y en la que a veces me desenvuelvo. Bien o malamente, desde finales de los setenta he llevado, como hormiga, granitos que pude encontrar y los he ido depositando junto al de otros, en un lugar y montoncito que, para entendernos, permíteme expresar que tienen algo que ver con manifestaciones de una literatura que se hace en Canarias.

-Supongo que también las lecturas habrán soplado la arboladura del barco fantasma que mentamos antes...

-Sí, también es la lectura. El mundo del lector como espacio íntimo, peculiar. Me he podido bañar, desde pequeño, en paisajes inimaginables. Cuando pienso en un libro que, por arriba de todos, haya dejado en mí una huella, me viene el recuerdo de uno viejo y sin tapas que una vez, hace una montaña de años, me dejó mi abuela un día en que me encontraba en cama, enfermo. Para que te distraigas, dijo. No creo que a mi edad pudiera realizarse fácil una lectura. Pero lo empecé y lo terminé. Era un libro curioso, lleno de variopintos capitulitos que no respetaban géneros, se mesturaban de modo que tras un poema podía sobrevenir un asunto relativo a la alimentación militar y, a éste, las virtudes de la zorra. En fin, una espléndida botica llena de infinitos artículos en donde se había olvidado indicar quiénes eran sus respectivos autores. Aquellas páginas me llevaron por todas las partes del mundo, y tanto me mostraban un retal del mundo de las abejas (muchos años después descubriría los libros de J.H. Fabre en la librería *La Sonora*), como el discurso de un indio americano, *Red Jacquet*, que he podido oírlo con posterioridad como una muestra encantadora del ecologismo. Contenía irrecordables diálogos científicos con el aplastante modelo decimonónico. *El monte de las ánimas*, que muchos años más tarde me sorprendió encontrarla en las *Leyendas* del de las *Rimas*. La cría de avestruces. Las auroras boreales. La Canción de Rolando. Los tres reinos de la naturaleza. La vacuna,

los volcanes, las máximas orientales. El discurso sobre las armas y las letras, de nuestro ingenioso Cervantes. Un capítulo de Víctor Hugo, pegado a *Al Niágara* de Heredia. Los camellos y un trozo de las coplas de Manrique. Clasificación de las lenguas, cómo se formó el lago Titicaca, tormentas y pararrayos, apuntes de geología, exploradores de África y largos etcéteras. En el libro, sin duda, hibernaba algún virus que se me trasladó. Y hasta hoy; en que Shakespeare me sorprende cada vez que lo releo; me doblega ese modo suyo de mostrar los deseos y zozobras de una humanidad tan milimétricamente expresados. Me encanta la forma en que Cervantes me conduce al juego. Las páginas del taumaturgo Quevedo. Me entusiasmé con el poema en cuanto leí *Mujer con alcuza* de nuestro entrañable Dámaso. Y con los de Baudelaire y Rimbaud, Rilke, César Vallejo y Neruda, Saint John Perse, Lorca y Aleixandre, Rafael Arozarena, Luis Fera. Me agrada visitar cada vez que puedo las novelas de Thomas Mann, Faulkner, Jorge Luis Borges, Kafka, García Márquez y Julio Cortázar, Isaac de Vega, Valle-Inclán. Y muchos, muchos más.

-Bueno, para ir aterrizando ya por estos lares, ¿cuáles han sido los proyectos culturales y editoriales en los que has participado?

-Colaboré en la revista de Domingo-Luis Hernández, *L/C*. Era un proyecto interesante, iniciado por Nilo Palenzuela, por el escritor antedicho y por Manuel Villalba Perera. A la misma casa pertenecería, años después, la colección *Añil de poesía*, una edición seriada de poemarios cuidados, con nombres relevantes, y en donde se juntaron algunos de nuestros poetas mayores (Félix Casanova de Ayala, y su hijo, Félix Francisco; Rafael Arozarena), además, quedaron incluidos en la colección poetas como Mariano Vega, Bernd Dietz, Juan Pedro Castañeda, Cecilia Domínguez y yo mismo. Domingo Báez y el que esto escribe se sumaron a la codirección de este proyecto que era merecedor de una necesaria continuidad. Estábamos, por ese tiempo, en las puertas de una revista, *La teja de Bogotá*, con un nombre cuyo exotismo desconcertaba por estos pagos. De vida corta, duró lo que dos suspiros: dos números en donde se hizo lo que quiso

Isaac de Vega, Rafael Arozarena, José Antonio Padrón o yo. En el segundo figuraba ya un flamante secretario que respondía al nombre de Domingo Báez. Fue revista casera de cabo a rabo; uno de los más entrañables proyectos en los que haya participado. Sin embargo, el número segundo y último avisaba de que bien podría aquel empeño hacerse en mayor grado. Reuniones en el Maquila, rodeadas de tortillas y vinos, vino a dar en la revista *Fetasa*, de la que actualmente soy director.

-¿Cuáles son las líneas en las que se enmarca la revista?

-Calificamos la revista como de Arte y Literatura; una calificación que obliga, creo, a un comentario. *Fetasa* es una publicación fundamentalmente literaria, que no ha querido cerrarse ni rechazar otras parcelas del arte, bien sea pictórica o cinematográfica, tal y como se ha ido mostrando en los números publicados. No obstante, consideramos su faceta dedicada a la literatura como fundamental, y ello en una doble vertiente:

1. Creación. Pues da cabida en sus páginas a muestras poéticas, narrativas, dramáticas o ensayísticas, y 2. Reflexión sobre temas, autores o panoramas literarios, propios de Canarias, próximos (literatura periférica peninsular o hispanoamericana) o relativamente (falsamente) lejanos (aproximaciones a la literatura europea o africana).

Cualquier revista quiere para sí contar con nombres de prestigio que colaboren en sus números y cuya presencia en ellos realce el nivel literario. *Fetasa* ha deseado y logrado ese nivel mediante ese tipo de colaboraciones, pero afronta también el hecho de que, en cada número, se está mostrando, con la dignidad y el nivel debidos, artículos, poemas o cuentos de escritores que pocas posibilidades han tenido de mostrarse en una publicación del carácter de la revista. Este punto lo subrayamos y nos gustaría resaltar entre los muchos que la caracterizan. Otro rasgo que no puede omitirse es que nuestra revista ha optado por el riesgo. Nos explicamos: hemos dedicado gran parte de nuestro esfuerzo a aproximar a los lectores al marco y al estudio, todavía de urgencia, de lo que podría denomi-

narse *Literatura última en Canarias*, pero también de la Península, y, cómo no, acercarnos a los nuevos nombres y tendencias que nos llegan desde el centro de América o de América del Sur. Los dos últimos números publicados prueban esa vocación que se encamina hacia estudios monográficos sobre nuestra literatura más reciente (*Teatro canario último*, nº 7/8, coordinado por Cirilo Leal; *Poesía canaria contemporánea (I)*, nº 9, coordinado por Manuel Villalba Perera). En prensa está el nº 10, continuación del último referido. Qué digo en prensa, esperando la mano de nieve que venga a salvarlo está; dejado de la mano de las subvenciones y, en consecuencia, a punto de retirarle la respiración asistida.

-Acaso ése vaya a ser el signo de las revistas en Canarias.

-Es imposible sobrevivir sin un apoyo económico que respalde. La crisis alcanza a todo. Pero apenas no haber lanzado, como mínimo, los dos o tres monográficos con los que cubrir el último cuarto de siglo de la literatura que se hace en Canarias, o que hasta aquí llega.

-Pero has participado también en otros proyectos editoriales y en empresas periodísticas...

-Me he visto arrebatado por proyectos en donde daba por supuesto que se podía ir esbozando un marco caracterizador de nuestra cara cultural. Me embarqué, profesionalmente, en un menester que nunca había sido de mi incumbencia. Fui periodista porque la prensa diaria prometía cocer un caldo de cultivo habitual desde la sección de cultura. Llevé la responsabilidad de esa sección durante un año. Había nacido el proyecto de *La Gaceta de Canarias*. Iba a ser una andadura romántica, como inmediatamente se vio. Un accionariado ampliado al máximo y animador de una línea que mediría la información con nuevos patrones. Ese era el sueño, pero con tiempo precioso y entera libertad para hacer. Una dirección magnífica, la de Carmelo y Martín, y unos consejeros de empresa que autorizaban y aseguraban varias páginas diarias y un suplemento semanal de cultura de dieciséis. No juzguemos el proyecto de ambicioso. Antes permítanme decirles que era el reflejo de una convicción: la necesidad de mos-

trar una cultura abierta e integral. Una cultura en donde las distintas manifestaciones, del arte, del pensamiento y de la creación fueran embarcadas en las muchas páginas. Nada que resonara a cultura podía quedar fuera. Filosofía, Música, Cine, Teatro, Cuentos, Poemas, Ensayos, Exposiciones de Arte, Antropología. Artículos de aquí y con referencias sobre aquí o de fuera. Artículos de fuera, y con referencias propias o de aquí. Poco a poco empezaron a reiterarse las firmas, a mostrarse otras novelas. Cultura integradora, sin complejos, atenta a lo de fuera y a lo que correspondía también a estas islas canarias y periféricas.

-¿Siempre viene a colación, cuando hablamos de proyectos o de caracterizaciones culturales, el rasgo periférico de las islas? ¿Es tan determinante?

-Cuando menos hay que contar con ello. Por ejemplo, la revista no puede desconsiderar que nace y vive en la isla. Es importante; tanto, como que ha de desarrollar su línea y encontrar relaciones enriquecedoras en otras regiones y países. En nuestro caso, creo que no cabe ni conviene una renuncia de la insularidad. Y ello, no por elección sentimental o mera vocación regionalista sino porque el contexto cultural nos conduce a atenernos a la situación peculiar de estas islas. Es un signo que nos caracteriza. Un rasgo que prolonga, de igual modo, otro carácter: el periférico. La revista, como nuestra literatura, padece y goza el ser de la periferia. Insularidad y periferia no tienen por qué ser sinónimos.

-Son esas dos palabras muy recurridas para hablar del Archipiélago y no sólo en el ámbito cultural sino en la esfera política. Se hacen necesarias algunas explicaciones.

-He tenido la oportunidad de manifestar mi opinión acerca de lo periférico de la literatura canaria. Abundo en ello cuando expreso que periferia pudiera definirse en contraposición a otro concepto, centro. Un centro no físicamente geográfico, un centro intuido por una conciencia en la periferia. Quiero con ello decir que es una marca en la conciencia, también un obstáculo, un meollo huido. Y también -cómo no- un vano pretexto para llenar de infortunios la situación cultural

y literaria de nuestras islas afortunadas. Diría también que no es recomendable referirse a la periferia como unidad entera. El centro descarga su poder e influencia, con mayor o menor peso, allí donde le conviene, sobre una zona concreta y repensada, de acuerdo con la idiosincrasia o fuerza cultural del ámbito periférico en cuestión. Porque el centro no es geográfico. Es más un control que se ordena y ejecuta desde un lugar estratégicamente elegido y en donde predominan dispositivos suficientes y con suficiente fuerza (política, económica, cultural) como para extender homogéneamente sus proyectos. Las zonas extrarradiales, algunas ultraperiféricas como la canaria, no pueden contrarrestar los efectos. La dialéctica es imposible. Emisor y destino no intercambian mensajes. No dialogan. Sólo es posible el monólogo. Cualquier intento se resuelve unilateralmente, en favor y por gracia de un poder central que ha cogido la sartén por el mango.

-¿Qué hacer ante esa situación?

-La cultura es cosa de todos. Cuando nacemos quedamos integrados en ella. Pero es, también, dinámica la cultura. Se mueve al compás de los tiempos. Es un fenómeno profundamente social. A veces ocurre que quien debe profundizar en ella y conocer y establecer sus íntimos resortes, sólo le presta una atención superficial. Las consecuencias de ese mal enfoque son las previsibles: se deja conducir de modo plano por la superficie y, naturalmente, toma medidas superficiales con las que pretende solucionar cuestiones de fondo. Creo que se me ha visto el plumero. Sí. Con la parrafada anterior he querido referirme a nuestras instituciones culturales.

-Bien. Las transferencias en cultura ya han sido otorgadas al Gobierno Autónomo. ¿Qué hacen ésa y otras instituciones, como Cabildos o Ayuntamientos, cuando establecen un plan cultural?

-Sencillamente no conciben otra cosa de la cultura que no vaya más allá de exponerse quietecita en los escaparates. Parecen desconocer qué marco han organizado y continúan organizándonos. En cualquier caso, las distintas administraciones han montado un precioso y costoso tablero cuyas partidas siempre

nos dejan en tablas. Y no se vislumbra un proyecto que, en el futuro, alimente y sirva para levantar un cuerpo con el que encaminarse vivamente por la vida cultural. Se echa en falta el enraizamiento de nuestra cultura. La vía muerta es la que se mantiene en activo: es la vía del acto público que desea sobre todas las cosas que se vuelva eco en la prensa o unos pocos minutos en la radio-televisión. En mi opinión, ésa no es la vía por la que se debe acceder a nuestro territorio cultural. Se requiere una siembra en lo social; pero tal concepción puede resultar muy poco vistosa. No viste tanto, aunque desde luego, a medio y a largo plazo sea mucho más eficiente. La educación, como fenómeno social, debe ser el marco en donde se integre la realidad cultural. Una educación obligadamente más humanista y que alcance, por la propia libertad de los que integran su marco, un nivel permanente. Con esta lluvia de desaciertos no es raro encontrarnos en el lodo de una cultura invertebrada. Todavía se sigue pensando qué cultura toca apoyar ahora. Como si fuese una bomba aspirante-impelente o un fluido alterno de energía. ¿Cultura popular o cultura elitista? ¿Cultura media, alta, baja? ¿Cuánto a Tenerife y cuánto a Gran Canaria? ¿Qué nos falta aquí que ya tengan allá? Un buen proyecto cultural sobrepasa con éxito esos inadecuados planteamientos.

-Viene a ser una pregunta ya un tanto empalagosa pero debo hacerla: ¿Existe una literatura canaria o se hace una literatura en Canarias?

-Me pregunto qué puede significar el concepto de canariedad en literatura. Insularidad, Periferia, Canariedad, ¿son operantes estos conceptos? En otras palabras, ¿existen signos conformadores y exclusivos de la canariedad? Bien aprendido tenemos cuáles son los temas esenciales de la literatura canaria: académicamente, los temas esenciales de la literatura canaria son, por ejemplo, seis, que son: a-isla-miento (o no), doble aislamiento, cosmopolitismo (o no), universalidad (o no), evasión (o no), soledad (o no), mar (o no)...Contamos, por tanto, con una media docena (o no) de referencias literarias que pueden depositarse, constantes (o no), y aladamente en los textos. Sabemos que los autores -como bien se autocalificaba un

insigne novelista- pertenecen a la especie histórica común, que padecen y gozan manías y vocaciones temáticas. Si convenimos que la escritura es un fenómeno que tiende y procura desarrollarse en libertad, ¿puede acaso un escritor quedar sujeto a unas constantes, invariables y predeterminadas? Además, ¿quién o qué decide la búsqueda o el hallazgo de una conciencia nacional? Ah, depende. Depende de lo que se entienda por nacionalidad. Porque, en literatura, y en Canarias, casi es obvio: se invoca, sobre todo, una situación geográfica; se instrumentaliza la palabra y el signo de la insularidad. Desde lo insular se pretende encontrar, y si no hubiera se intenta elaborar, las señas canarias de identidad. Y el escritor y el político y, si no, el que tenga dos dedos de frente, no desconoce que un edificio de esta índole necesita una buena base, una planta y materiales genuinos que deben ser extraídos de la cantera colectiva. No creo haber visto, si no es entre sueños, esa sólida edificación. Lo que, por lo menos a mí, si me consta es que el conflicto humano prevalece sobre el geográfico. Y que, en última instancia, sólo predominará lo bien escrito. Estoy convencido que la existencia de una literatura con carta de identidad no puede venir del mero concepto de autonomía o de un chato nacionalismo. Nuestro territorio se liga culturalmente a varios espacios continentales. Esta idea de lo tricontinental favorece y enriquece cualquier cultura, pero, a veces, puede ser mero pretexto para espantar otra idea, la del desarraigo, la de la dificultad y la de la desesperanza de cavar en una tierra de la que no sabemos si guarda su esencia en las profundidades. Y así estamos en esta última curva que le resta al siglo XX; nos hallamos en la faena de trenzar lo íntimo con lo universal, a sabiendas que uno y otro marco nos son propios, que sus contenidos no están congelados y que, a poco que uno se ocupe, pueden percibirse en un único paquete los ricos y variopintos aromas de las contradicciones internas.

-¿No puede hablarse, por tanto, y como mínimo, de un espacio intelectual común?

-Nos ha tocado cruzar, y casi pertenecerle literariamente, por la década del ochenta, en donde se puso de moda el concepto de postmodernismo. El término

llenaba la boca y coincidía, además, con un estado de cosas en donde se consideraba virtud la debilidad del pensamiento. De ese modo se le enunció el *requíescat in pace* al intelectual. Un término éste, el de intelectual, que se había impregnado de cierto desprestigio. La estabilización del estado democrático ya no precisaba de su talante ni de sus ideas. Con los políticos y con los convenientemente nivelados articulistas de los medios de comunicación escritos bastaba. El intelectual bien haría en retirarse, con la buena conciencia del deber cumplido, a las intransferibles meditaciones de catacumba. Era propenso a fabricar un pensamiento que ya no cabe ni se lleva en el discurso de la frivolidad imperante, pensada y urdida para llegar al cerebelo medio.

-Entonces a la figura del intelectual le está pasando lo que a los dinosaurios, ya no pueden con su propio peso, ya sus masas se han quedado obsoletas para un mundo...¿nuevo?

-Sí, debo más de un comentario respecto a la función, latente y viva, del intelectual. Hoy se halla bastante enraizado, y lastra, el escepticismo, el sentimiento de un ánimo pesado, la ausencia de faros, la idea de que conviene instalarse en la región del ombligo, que resulta un lugar muy apropiado para matar cualquier acción transitiva. Pero también estoy convencido de lo siguiente: lo artístico siempre ha acudido al rescate de los valores secuestrados. La gente de la cultura, la preocupada por la vitalidad del pensamiento cultural, no dejará de imponer su mano en un intento de levantar realidades moribundas. Cualquier tiempo, es verdad que presencia su crisis. Puntual y fatalmente cada época la refleja, aunque los modos de manifestarla así como la formalización de su universo se diluciden con distintas apariencias y por diferentes medios. Ni la mejor edad del arte o de la cultura desconoce estéticas advenedizas, y se tiene también la certeza de que, hasta en esas edades, se consiente, así sea por alguna corta temporada, en hacerle sitio a éticas miserables. La cultura, entendida como proceso, se empareja a la realidad existencial y social del hombre. Y aquí nos hallamos, enquistados en el presente, pensándolo en

crisis y determinados a que se corrija el mal del mundo por sí solo.

-En fin, vamos ahora a hablar de la cuestión editorial en Canarias. En el Archipiélago parece que no cuaja una editorial independiente, privada, y que las Administraciones Públicas son las principales editoras de lo que se tercie.

-Teniendo en cuenta unos datos que nos socorran, y no muy actualizados, el año 1984 nos concede unos cifras significativas: "Las editoriales públicas o institucionales del Estado Central, de los organismos autonómicos, de las Universidades, de las Cajas de Ahorros, etc, representan un 6% del total editorial." Autonomías hay, sin embargo, que (en tales autonomías) contradicen esa cifra. Pensemos en Canarias: son precisamente sus instituciones las que deciden la casi totalidad de las publicaciones referidas a la literatura insular. Las editoriales privadas no tienen la pujanza de los organismos públicos. Pero han mantenido una presencia digna de encomio pues su continuidad en el mercado editorial les supone afrontar riesgos económicos. Es un mercado corto y lleno de dificultades. Los ejemplos de *Edirca* e *Interinsular Canaria* o la nueva irrupción de *Benchomo* de la mano de Cándido Hernández, son preciadas muestras de lo que significa una aventura editorial. Su limitado campo obliga a marchar sobre seguro, a pasos contados y sobre terreno firme. No es raro que hayan entrado en conflicto las editoriales privadas con las ediciones fomentadas por los organismos públicos, fundamentalmente, por la Viceconsejería de Cultura cuya intervención en este campo ha representado en los últimos años una atención y desarrollo editorial incomparables. La *Biblioteca Básica Canaria* auspiciada por aquella Viceconsejería necesitaba, como no podía ser menos, obras de autores "clásicos" para constituir la colección. ¿Por quién apostar? ¿Por las ediciones privadas, tan necesarias en el marco literario? ¿Por las ediciones promovidas por la Viceconsejería de Cultura que han enriquecido considerablemente nuestra biblioteca? El problema editorial en Canarias no puede tratarse desde una perspectiva, tan reduccionista, que obligue a la alaban-

za de una de las opciones con el consiguiente rechazo y descalificación de la contraria. Lo público y lo privado no tienen por qué ser incompatibles. Nunca la editorial privada, por sí sola, habría podido afrontar el movimiento de apertura que han ido mostrando algunas de las colecciones editadas por organismos públicos (Colección *Nuevas Escrituras Canarias*, por ejemplo). Dejo fuera de renglón la idea de que es necesario aprontarse a una rigurosa selección basada exclusivamente en la calidad literaria.

-Entonces la cosa consistiría en un difícil o fácil equilibrio entre lo público y lo privado...

-Insisto en que no creo que la solución al problema se pueda dirimir por elección, indicando quién es la editorial idónea (pública o privada) y cuál debe sucumbir. Nos enfrascaríamos en una polémica que, en relación a estos dos puntos, viene a ser como dos meros árboles que probablemente no nos dejen ver bien el auténtico fregado que se cuece en el bosque del libro. Porque la edición es sólo un nudo, ciertamente importantísimo, que se halla integrado en el complejo fenómeno que constituye el libro. El excesivo número de material bibliográfico, con que sin duda contamos, es prueba de ello. Pero la obra editada, el libro de un autor, es sólo la parte repuntando de un iceberg, que en el caso de la edición canaria, continúa a la deriva. Son muchos los obstáculos que se cruzan antes que el libro llegue a las manos del lector. Obstáculos y problemas agudos que se han hecho crónicos. En resumen, es necesaria una planificación coherente y funcional, acorde con la realidad, en la que se integren todos los elementos que de algún modo vienen o van a dar al libro. Necesita abaratare ese elemento de cultura; ello requiere un abaratamiento en la impresión que, en Canarias, resulta mucho más gravosa que en la Península. Además, no existe una distribución eficiente del libro canario; muchos de los publicados en Tenerife no pasan el charco o no llegan a exponerse en las librerías de la isla de enfrente. Naturalmente, y viceversa. Salvo contadas excepciones, la mayor parte de las librerías, con carencia de espacio, lo resuelven rápido y mal: atienden al libro que piensa puede garantizar su venta; es el libro, promocionado, con autor de renombre, de la

gran editorial. La promoción del libro canario es mínima. Parece más una máquina de hacer chorizos. Se lanzan como en una especie de a lo que Dios quiera. A veces, ni eso, ni se lanzan, sino que duermen el sueño de los justos amontonados por cajas en algún sótano.

-Los libros canarios tienen que transitar de masiadas selvas y peligros para llegar a las manos de un lector

-Pero nunca puede llegar a ser una obligación la lectura del libro ni acercársele al lector mediante decreto. Pero nuestras instituciones públicas sí están obligadas a ofrecérselo adecuadamente. Sin embargo, ¿funcionan las bibliotecas públicas? ¿Cuentan los centros de enseñanza con una biblioteca actualizada desde la que pueda conseguirse el conocimiento de los autores? El libro nace, crece, se desarrolla y, muchos, mueren al no encontrar a su lector. Los organismos públicos sólo cuentan con aquel primer estadio: el nacimiento. Olvidan los restantes que son precisamente los que evitan la muerte, por desconocimiento, del libro.

-¿Y qué me dices de los premios literarios?

-Los premios literarios siempre han tenido una importancia decisiva para dar a conocer nuevos autores y libros en Canarias. He dicho siempre, y dije mal: últimamente han perdido ese horizonte; curiosamente lo han perdido a pesar de que el premio haya buscado hacerse más prestigioso por la vía de la internacionalización. Pasan desapercibidas las obras premiadas. Algunas, en contra de las bases, no se han editado.

Feo, por tanto, el panorama de la lectura del libro en Canarias.

-¿Se podría deducir que tu escritura tiende a mostrarse en unas coordenadas no ajenas a lo histórico? Háblame de tu poética a la hora de ponerte manos a la obra.

-Mi mundo literario, sea de novela, de cuento o de poema, un tanto lo entiendo como equivalencia de una aventura por mares y fondos poco cartografiados. No me contenta tratar de las consabidas aguas de superficie. La quilla de la pluma o los mandos del ordenador sólo me indican cuando se está con ánimos y en disposición de hacerse a la mar, y sólo se barrun-

tan las rutas. Como máximo, se sospechan unos pocos datos que probablemente asegurará bajo mínimos la azarosa navegación. Casi se desconoce el tiempo que se ha de empeñar para conseguir un fondeadero en puerto nuevo. Son demasiadas las vueltas y revueltas que se precisan para realizar un proyecto de estas características. Parece tiempo perdido ese urdir nocturno de párrafos que, en bastantes casos, en algún día siguiente, se vuelven borrón y cuenta nueva. Con este modo de escribir, no son aceptados los límites que ha impuesto el mundo habitual. Ciertamente que, en la medida de lo posible, es un mundo del que queremos conocer sus medidas. Somos testigos y partícipes de la visión diaria e histórica de las cosas. Es un conocimiento dado y obtenido mediante un cálculo que nuestro poeta Pedro García Cabrera calificó de "mediterráneo" y en el que entran exclusivamente dos dimensiones. El largo y lo ancho constituyen -a mi entender- dos necesarios valores de superficie, no desdeñables, pero un tanto necesitadas, "a mi modo de ver", de otra dimensión en la que se pueda profundizar, ahondar en las sombras, sumergirse hasta casi el ahogo en esa otra vertiente: una visión atlántica -un adjetivo, el oceánico, que de nuevo nos aproxima al poeta de las transparencias-. Lo racional, a pesar de lo dicho, se mantiene en vigor y conformando en gran parte la realidad; continúa necesariamente imponiendo su ley; pero en ese otro medio, informe y por hacerse, que es la escritura, rige otra gravedad. Los movimientos acusan desconocidos gestos, se encarrilan por corrientes insospechadas, nos conducen a fenómenos imposibles de medir con la vara de un mundo del que, voluntaria y provisionalmente, nos hemos desterrado. Insisto en que no perdemos nunca las reminiscencias ni el instinto de lo racional. Pero, si hemos conseguido sembrarnos en esa otra realidad trasvisible (tan nuestra, también, como la que se impuso a la mirada racional, con golpes de historia, de cultura y de pensamiento), si nos hemos perdido en el territorio que se extiende más allá de lo previsto, es que hemos tocado un fondo que servirá de telón o de campamento en donde reagrupar otros tantos contenidos inusitados de la existencia. Contenidos que se hacen páginas, igualmente ciertas, de nuestra vida

personal y de nuestro mundo común. Muchos de esos contenidos, resueltos en detalles, acciones o diálogos parecen pertenecer a lo insólito y no pocas veces a lo disparatado. Pero el absurdo no puede considerarse un cúmulo disperso de anécdotas ni una reproducción mecánica de situaciones insólitas. El mundo del absurdo va regido también por una fuerza, no estudiada reflexivamente ni convenida, pero fuerza, sin embargo, capaz de conducir y de responder, por vía no racional, de los hechos aparentemente arbitrarios que han logrado asentarse en la escritura.

-El que así escribe en gran parte no ha ido racionalizando lo escrito...

-Pero sí puede ir deteniendo, controlando en porciones el curso de los acontecimientos que, como avalancha, lo avasallan. Una secuencia absurda, por sí sola, carece de razones con las que ganar el derecho de existir en el folio. Pero aquél que la escribió contiene en alguna parte de su mente la creencia y la autorización para que forme parte de una nueva vida. Las distintas secuencias seleccionadas van entrecruzándose, establecen un cuadro de asociaciones en donde unas empujan a las otras para que todas, significativamente, funcionen en el texto y sobrevivan en la experiencia vivencial del que las lee. Sin demasiado percibirlo, el que escribe va preñando de razón todas las sinrazones de su escritura. Al cabo, el resultado puede considerarse ni menos ni más interesante que otros modos de escribir: es, simplemente, distinto el ámbito y, en mi opinión, necesario el buceo si nos hemos decidido a ir al encuentro del árbol del conocimiento a través de la imaginación creadora.

-¿Crees en una literatura también como agente de transformaciones sociales o esto es una ingenuidad, como dice José Saramago?

-Ya no creo en literaturas, o en modelos literarios, que transforman realidades indeseables. Y si las llegaran a transformar, mejor que mejor. Pero si no alcanzo a mudar esas realidades en donde vivo, sí que puedo mantener la idea de una vida necesitada de operaciones vitales, de duras transformaciones que a veces suceden de manera milagrosa en el transcurso de un renglón a otro. Todo ello viene a la página, que

a veces sale con vestido de ironía, y, otras, con ciertos gramos de sentimentalidad; pero, sobre todo, o en el fondo, ha venido siempre para confirmar el amor hacia todas las criaturas, que yo recuerde, con las que hoy hablo y a otras que nunca -estoy seguro- veré.

-Te han incluido en el grupo o generación de los narradores de los 80. ¿Cómo lo caracterizarías?

-El término "generación" debe comentarse. Sabemos que se halla en las horas más bajas el método generacional; sin embargo, ello no ha impedido que se mantenga de modo recurrente aquel término, el cual poco a poco ha ido perdiendo precisión para acabar finalmente refiriéndose a grupos de escritores que inician y consolidan una década. Recordemos algunas fechas: la muerte de Franco en 1975; los años siguientes, 1976-1977 son de relativa confusión. La Constitución de 1978; las primeras elecciones locales en el 79; el asalto al congreso del 23-F en el 81; gobierno socialista desde el 82 hasta nuestros días. Esa macedonia de fechas y de situaciones flota sobre nuestra realidad cultural. Ibamos hacia la década del 80 como en un remolino en el que no cabía demasiado la reflexión. Digamos que está por hacerse el presente. Las expectativas de un régimen democrático abría esperanzas que tocaban -o así se pensaba- la literatura. El régimen dictatorial había sido una rémora; desaparecido aquél, desaparecerían -se pensaba- los obstáculos que habían impedido el logro de una nueva y buena literatura. Me he referido a unos años de confusión o cuando menos a una fase de desconcierto. Lo cierto es que existe una desconexión entre el setenta y el ochenta, entre los escritores que de allí provenían y los nuevos que se encuentran con un espacio en continuo movimiento. Los del setenta (narradores nacidos en la década del cuarenta) se enlazaron de forma natural a los nacidos en la década del 20 y del 30. No ocurrió así con los de la década del 80. Un abismo distancia esas generaciones próximas. Cada narrador del 70 se considera ya autosuficiente. Les ha llegado la hora de la cosecha. Los premios literarios, en gran parte, se les siguen concediendo; las editoriales cuentan con ellos para formar su lista de clásicos. Su nombre y su título van apareciendo en la cubiertas de

algunas editoriales peninsulares de prestigio. No es perceptible un espacio en continuidad. El grupo de los ochenta ha de abrir su propio camino. Algunas editoriales que nacieron en el setenta mueren allí mismo. El ochenta será testigo de nuevas marcas: editoriales como *Interinsular* o *Edirca* desean mantener casi tal cual su lista de renombrados; *Benchomo*, a partir de 1981 y de la mano de Cándido Hernández, inicia una línea editorial desde la que apuesta por los nuevos nombres de la narrativa insular. Ricardo García Luis, recoge en sus cuadernos, *Narrativa Canaria* última, una treintena de narradores. La década del 80 bautizó y enterró a un gran número de revistas; algunas, muy peculiares, morían para renacer con un nuevo nombre; así: *Cuaderno de arte y cultura popular canaria*, *El buey de las Estrellas*, *Aquel viejo noray*. Otras como *Mens-trua Alba*, *Taramela*, *Fetasa* o *La Página*. Percibido así el panorama, podemos manifestar que aquellos factores, que hicieron posible el reconocimiento de unos novelistas y de una narrativa en Canarias, se mantienen en la década del ochenta. Sin embargo, a pesar de los idénticos factores que intervienen, falta que se articulen oportunamente, y no se continúa ni se alcanza aquel fenómeno coyuntural. El público lector retira su confianza al libro canario; las editoriales fuertes peninsulares controlan el mercado, tientan a los narradores; se sobrevalora lo narrativo sobre cualquier otro género; se abren las puertas a nuevos nombres; se pretende dar con la nueva novela. Las editoriales deciden que el calificativo nuevo puede ser un adecuado sello de cubierta y hasta un conveniente valor de mercado. Lo que fue intención a finales de los setenta se intensifica en los ochenta, con el objetivo de que esta década sea calificada como la de la "nueva novela". La mayoría de las editoriales le prestan tanta atención a lo nuevo, que pocas se atreven a dejar vacío el nombre de una colección con la que se pueda envolver a unos autores, propuestos como promesas en ciernes y en la confianza de ir poco a poco situándolos en el siempre problemático mercado novelístico.

-¿Pero estamos hablando de nueva novela, o bien sólo de novelistas nuevos (a pesar de quedar embarcado en la lista algún cincuentón)?

-Algunas editoriales no ocultaron su plan y declararon su intención de afirmar a autores que, aunque sólo figuren como promesas, sepan mostrar una nueva percepción en el mundo novelado. ¿Nueva novela? Opinamos que no se ha producido un cambio tan grande como para pensar en una novedad narrativa. Ampliando la opinión, sí es posible percibir que en los autores de Canarias se ha conformado un espíritu en continua expectación que conduce hacia una escritura en constante ejercicio de renovación y que impulsa a producir una obra en los límites de la novedad permanente. Si preguntáramos, ¿qué cuentan los narradores canarios de ahora? Nuestra respuesta sería que no es tanto una cuestión de contenidos (que los hay), sino de cómo se sitúa el novelista ante el mundo. En este sentido, muchos de los narradores del ochenta, así como de aquéllos que han comenzado a situarse en la década del 90, coinciden en algo: en la total incertidumbre con que han marcado las existencias de sus personajes; incertidumbre que es sólo uno de los tantos sumandos de un final, desesperanzado, al que abocan tantas vidas sin visos de comunicación afectiva, en total soledad, ya sea en el mundo urbano, ya sea en el de la profundidad rural; ya esté inscrito en un espacio cerrado, agrio y cosmopolita o se arraige a una insularidad o se eche en brazos de una tierra de nadie en donde pueda suceder cualquier ficción. En este último párrafo han quedado encerradas las distintas tendencias narrativas que, por vía temática, podemos metodológicamente asignar al grupo silencioso del 80.

-Pero la narrativa en Canarias, en la última veintena de años, ha sido más episódica que continua. ¿No es así?

-Sí; es la prueba, acaso, de una sociedad que no muestra de modo natural su cultura sino con golpes de un corazón taquicárdico. Una cultura de mosaico que ha caído en la tentación de atraer momentáneamente la atención, y, al primer recodo, ser tragada, olvidada, volverse inútil. Una sociedad que muestra la cara exterior, y, por otra parte, la cruz y la carencia de una llama constante que se manifieste y vivifique.